

CUBA AL GARETE

por

Jorge A. Sanguinety

En los últimos días he recibido informaciones de personas que, hasta hace poco, ocuparon cargos importantes en la administración gubernamental cubana y que confirman mis sospechas de que la situación del país ha alcanzado un grado de deterioro más alarmante del que generalmente se supone. Tales informaciones pueden ser consideradas como buenas noticias porque parecen acercar el fin del castrismo. Al mismo tiempo abren serias interrogantes en cuanto a si un deterioro más profundo facilitará o hará más escabrosa la reconstrucción del país. En este punto es imposible hacer una predicción responsable y prefiero compartir con el lector estas informaciones y algunas de sus implicaciones.

Primero que nada, hay que advertir que el anuncio oficial sobre el crecimiento de la economía en un 9.6 por ciento en la primera mitad de este año no tiene fundamento. Todo indica que esa cifra fue resultado de un cálculo desesperado para mostrar a los inversionistas extranjeros alguna recuperación económica. El cálculo parece basarse en el crecimiento de la producción física, lo cual excluye los costos de la misma y, por lo tanto, no se puede saber si se generó una ganancia neta, que es lo que realmente importa en una economía. Las esferas más altas del gobierno no parecen estar al tanto de estas majaderías metodológicas, lo que obliga a extraer la inaudita pero verosímil conclusión de que el gobierno cubano no conoce el verdadero estado de la economía nacional ni sus tendencias.

En el sector turístico se esperan mil millones de dólares de ingresos brutos, pero se estima que los costos de las importaciones directas necesarias (comida, bebida, vituallas, etc.) será de unos 780 millones. Esto no incluye otros elementos de costo que se compran con pesos y cuya magnitud el propio gobierno no parece tener claro, por ejemplo, empleo, electricidad y otros insumos nacionales. Parte del sobrante en divisas se dedica a otras inversiones en turismo, pero una parte desconocida parece diluirse en el financiamiento de necesidades fuera del sector. La conclusión básica es que la contribución del turismo a la recuperación de la economía nacional no parece tener un gran peso, especialmente porque las empresas cubanas son incapaces de suministrar las necesidades del sector, de ahí la dependencia enorme en las importaciones. Se nos informa que hasta la yerbabuena para los mojitos hay que importarla.

Si bien es cierto que el gobierno cubano parece haber introducido un grado de control en sus finanzas, la incapacidad productiva, agravada por la falta de créditos a intereses manejables, impide alcanzar un nivel de actividad económica que detenga lo que parece ser un profundo proceso de descapitalización. O sea, los niveles de producción tan bajos, que los recursos no alcanzan para mantener el parque actual de maquinarias, equipos y construcciones de todo tipo. Económica y físicamente, Cuba se está arruinando paulatinamente y el gobierno no sabe o no quiere impedirlo.

El deterioro del capital físico va acompañado del deterioro del capital humano. Un estudio secreto hecho recientemente por el gobierno señala que el consumo calórico medio del cubano alcanzó un máximo de 2,800 calorías diarias en los ochenta y ahora es de 1,300 (posiblemente excluye el autoconsumo). El estudio indica que en el mismo período el cubano ha perdido una media de treinta libras de peso corporal.

La debacle de la empresa socialista cubana (el gobierno acaba de reconocer que la mayoría de las unidades Básicas de Producción Cooperativa sufren pérdidas) ha hecho que todo administrador intente asegurarse de los suministros que necesita sin considerar los costos. El mejor ejemplo lo da el propio Fidel Castro que está personalmente a cargo de la administración de reservas de dinero (en divisas) y mercancías, de magnitudes desconocidas pero generalmente consideradas de importancia. Se sabe de su existencia porque se ha establecido la práctica de que cuando un administrador está en apuros, prepara una propuesta a Castro (que el Ministro Lage filtra primeramente). Si Castro decide dar la cantidad pedida después de una entrevista con la parte peticionaria, se llega a un acuerdo por medio del cual se devolverá el préstamo a Castro con un diez por ciento de interés en cierto plazo. Lo mismo ocurre con reservas de mercancías que incluyen alimentos, petróleo y vehículos de todo tipo que Castro administra y distribuye personalmente.

Este cuadro surrealista, con una economía a la deriva y haciendo agua, hace que la nomenclatura, cada día más preocupada por una situación que afecta a todos, piense en la sucesión, que es el tema del demorado congreso del Partido Comunista. Por eso es que se demora indefinidamente; porque Castro no está interesado en la sucesión. Como si hablar de ella fuera una renuncia al poder, sin darse cuenta de que no hablando lo reduce de hecho. Franco y Pinochet fueron más sabios. Ahora Castro, en Chile, nos da la imagen de un pobre diablo que ni sabe qué hacer con el poder que le queda, ni con sus ambiciones ni con su patria.

Noviembre 1996